

LOS ARTICULOS DEL MES

- . ULTIMAS TENDENCIAS DE LA CIENCIA ECONOMICA/
PAUL A. SAMUELSON.

- . EL PROBLEMA ECONOMICO NUMERO UNO ES EL DE-
FICIT PRESUPUESTARIO ESTRUCTURAL
PAUL A. SAMUELSON.

En esta ocasión, CUADERNOS DE INFORMACION ECONOMICA dedica la sección de Artículos del / Mes a Paul A. Samuelson, con ocasión de su nombramiento como doctor honoris causa por la Universidad de Educación a Distancia (UNED) el pasado día 4 de mayo.

Presentamos, en primer lugar, el discurso que pronunció en el acto de su investidura, en el que el profesor Samuelson realiza un amplio recorrido, a modo de panorámica, sobre la evolución y el estado actual de la ciencia económica. Incluimos después un artículo suyo, de reciente aparición en la Harvard Business Review, sobre un tema mucho más concreto: el déficit presupuestario estructural como problema económico fundamental, con una clara referencia a su incidencia actual en la economía de los Estados Unidos.

ULTIMAS TENDENCIAS DE LA CIENCIA ECONOMICA

Paul A. Samuelson

En eso que llamamos la Bolsa, las valoraciones relativas están cambiando constantemente: las acciones de General Motors bajan durante un tiempo con respecto a las de Ford; el índice estadounidense Dow-Jones aparece más débil que el índice de Singapur, y así mes tras mes, año tras año y década tras década.

Lo mismo ocurre con las ciencias. La teoría de la relatividad escandaliza a los físicos en 1905, y en 1920 es la ortodoxia. En 1900 nadie cree en las teorías del calórico aceptadas en 1800. La genética de caracteres independientes de Mendel se descubre, se pierde y se vuelve a descubrir. El ADN y otros aspectos de la biología molecular pasan por altibajos y vicisitudes semejantes.

La economía no es una ciencia exacta. No es extraño, pues, que tengamos escuelas kuhnianas de análisis e ideología. Los manuales / de historia cuentan una y otra vez las mismas cosas:

la fisiocracia de Quesnay y Turgot;
el paradigma clásico de Hume, Smith, Ricardo y Mill;
la contrarrevolución marxista;
los neoclásicos como Jevons, Menger y Walras; o Clark, Marshall, Wicksell y Fisher; o Pigou, Knight, Cassel y Viner;
la revolución keynesiana en macroeconomía;
y finalmente, hace pocos años, los defensores de las expectativas racionales (o "nuevos clásicos"), con su intento contrarrevolucionario de restaurar el mundo de Jean-Baptiste Say y su neutralidad del dinero.

Estoy pintando a grandes rasgos, y por eso he omitido muchos putschs de segundo orden, como el monetarismo y los paradigmas anti-neoclásicos de Robinson-Sraffa-Kaldor.

Todo eso lo he visto yo a lo largo de mi propia vida como Tayllorand, me crié en el ancien régime, y me formé en la etapa media de la Universidad de Chicago, con los jeuítas neoclásicos como quien dice. Después de liberarme de ese condicionamiento pavloviano, en Harvard y en el MIT estuve en la vanguardia de tres grandes revoluciones modernas:

Los paradigmas Robinson-Chamberlin de la competencia imperfecta;
los modelos keynesianos de la demanda efectiva, y
la matematización de la teoría económica y la econometría estadística.

EL RENACIMIENTO AMERICANO

¿Por dónde anda el mundo de la ciencia económica a finales del siglo XX?. O, lo que viene a ser casi lo mismo, ¿por dónde anda ahora la teoría económica estadounidense?. ¿Y hacia dónde parecen ir ella y sus homólogos de otros países?.

Allá en 1932, cuando yo empecé a estudiar economía, los americanos dedicábamos muchísimo tiempo a leer las controversias de los economistas británicos. Cambridge, Oxford y la London School siguen siendo centros respetados, pero ya no dominan a una tríada como Yale, Princeton y Pennsylvania, mucho menos al MIT, Chicago y Stanford.

Cuando los economistas americanos jóvenes y activos teníamos / ocasión de pasar un año sabático fuera, donde queríamos ir era a Oslo, o a Rotterdam, o a disfrutar de la buena vida de París, Roma o Londres. Hoy es más probable que la peregrinación sea a Cambridge de Massachusetts, o a la Bay Area de California, donde se puede coincidir y conversar con estudiosos de todo el mundo.

Como yo ya he llegado a la edad de ser emérito en mi cátedra, puedo ser moderadamente objetivo. Cuando las fundaciones y los organismos públicos realizan encuestas para clasificar las universidades globalmente, las primeras de la lista suelen ser Harvard, / Stanford y la Universidad de California-Berkeley. En el campo específico de la teoría económica, y entre los departamentos americanos de economía, la que va en cabeza desde hace dos décadas es la Graduate School del MIT. Pero nos han seguido muy de cerca Harvard, Chicago y Stanford, y casi a la misma altura de éstas están Yale, Princeton, Pennsylvania, Carnegie-Mellon, Minnesota, Michigan, Wisconsin y Columbia.

CONVERGENCIA HACIA LA UNIFORMIDAD

Desde la segunda guerra mundial, las diferencias de calidad entre lo mejor y lo mediano han disminuído mucho, en mi opinión. Un / estudiante de Seúl, Madrid, Osaka o Dallas puede doctorarse en tres docenas de universidades que no he nombrado con una formación tan / buena como la que habría recibido en las que sí he nombrado o podría nombrar refiriéndome a los principales centros de otros países.

En todos los centros de primera fila se emplean la misma metodología y la misma selección de libros de texto, con un grado de / coincidencia que es casi preocupante. Sólo en una universidad estadounidense interesa la economía marxista. No existe una escuela de Galbraith. No hay una escuela de economía católica, en el sentido / literal de la palabra. La vieja escuela institucionalista -la de / Thorstein Veblen, John R. Commons, Wesley Mitchell- se fue extinguiendo funeral a funeral. La en tiempos orgullosa escuela histórica alemana no sobrevivió a la primera guerra mundial. La escuela / austriaca emigró y fue absorbida por la corriente principal; su / nombre subsiste únicamente como eslógan de ciertos programas económicos de laissez-faire. En las universidades japonesas, la mitad / del cuerpo docente autoperpetúa su tradición marxista, pero es un / círculo cerrado y mortecino.

Esa tendencia a la homogeneidad y en detrimento de la variedad se me presentó muy claramente hace una década. Había ido a Austin / (Texas) a dar una conferencia, y cuando acabé de hablar un estudiante que estaba a punto de graduarse se me acercó y me dijo: "A mí no me gusta la economía con tantas matemáticas. ¿Dónde puedo ir a hacer el doctorado?". Yo me paré a pensar, y al final tuve que decirle: / "Hace años habría podido ir a Wisconsin, donde predominaban los institucionalistas. O a Berkeley, donde un sector del departamento era anteteoría. Pero ahora ya no hay donde meterse. Ni siquiera siguiendo aquí, en la Universidad de Texas, estaría usted a gusto, porque / quedan ya muy lejos los tiempos de Clarence Ayres".

Me imagino que hace muchos años la economía española dependería de la que se estudiaba en Francia, fundamentalmente en las facultades de derecho. También en las universidades inglesas me he encontrado con algunos estudiantes españoles. Después, en la era de Franco, era más raro tropezarse con viajeros de España. Hace un tercio de / siglo dí clases en un curso del Seminario Internacional de Verano organizado por Henry Kissinger en Harvard, y el más ingenuo de las docenas de líderes de países de todo el mundo que participaban era un joven periodista español. Era su primer contacto con el mundo no ibérico, y, aunque tenía novia en España, volvió a comprometerse en Cambridge, y fué necesaria toda la habilidad diplomática del joven Kissinger para desembarazarle de las nuevas cadenas que había conseguido echarse encima.

Debería añadir una impresión que tengo en estos últimos años. / Con el florecimiento del Mercado Común europeo, parece que el monopolio virtual de las escuelas de doctorado estadounidense como Meca de los estudiantes europeos se está empezando a debilitar un poco. Cada día es más corriente ver a los italianos en Alemania, a los alemanes en Italia, y a unos y otros en el CORE de Bélgica o en la LSE. Yo / aplaudo esas tendencias.

CAMBIOS EN EL REPARTO DE ERUDITOS

Hasta aquí he hablado sobre todo de lugares. Ahora voy a referirme más a nombres y personalidades. Keynes, Schumpeter, Hansen, Kalecki, Kaldor Harrod Myrdal y Robinson murieron todos. Hicks, Tinbergen, Meade, Friedman, Samuelson, todos ellos son eméritos. Hasta Tobin está de emérito en Yale.

Mi generación tuvo suerte durante largo tiempo. Nosotros apretábamos mucho a nuestros maestros. Se supone que la ciencia es cosa de jóvenes. Por lo tanto, hace mucho tiempo que nosotros, a nuestra vez, deberíamos haber sido desplazados de la frontera y la primera línea de la economía política. Es posible que yo no haya sido lo bastante sensible para darme cuenta de la verdad objetiva, pero si he / de ser franco, debo decir que durante mucho tiempo no sentimos que / las generaciones más jóvenes vinieran pisándonos los talones.

Esa patología no podía durar eternamente. En los últimos tiempos las cosas van volviendo a la normalidad. Sobre todo en el ámbito de la macroeconomía, los economistas de menos de cuarente años se / han visto muy atraídos por la teoría de las expectativas racionales, apartándose de lo que Okun, Tobin, Modigliani, Solow y Samuelson llamarían postkeynesianismo ecléctico. Las críticas de Robert Lucas, / Tom Sargent y Robert Barro han encontrado oídos receptivos. (Por cierto que esas críticas han debilitado un tanto las afirmaciones del / monetarismo, desinflando los males reales que pueden seguirse de la fluctuación de la oferta de dinero).

Hay en esto una paradoja. Un hombre como Martin Feldstein, presidente del importante National Bureau of Economic Research y catedrático en Harvard, es a la vez más joven y más conservador que yo. En el 350 Aniversario de la fundación de Harvard en 1636, Feldstein se declaró no keynesiano, anti-keynesiano. Sin embargo, Feldstein no es un monetarista de los que consideran que la velocidad de circulación del dinero sea una constante predecible e inelástica con respecto a los tipos de interés. Feldstein no cree en el pleno empleo auto

mático ni siquiera durante períodos cortos, de unos pocos años. Un antropólogo analítico descubriría que sus escritos de la época en que presidía el Consejo de Asesores Económicos del presidente Reagan, y los que desde entonces ha publicado en las revistas de economía, son prácticamente isomorfos con mis propios escritos sobre los mismos temas. Si esto es así, y mis escritos son isomorfos con un paradigma LM-IS de Hicks-Hansen-Keynes, entonces las ecuaciones de comportamiento de Feldstein tienen que mostrar, pragmáticamente, un estrecho paralelismo con esos modelos eclécticos postkeynesianos. Como dijo William James: "Para ser una diferencia, una distinción / debe arrojar resultados diferentes". En lo que es sustancia, y no / ideología, un Feldstein y su discípulo Lawrence Summer no son esencialmente dos, sino uno. En la mayoría de las cuestiones reales, un Summers, un Stiglitz y un Modigliani llegan a la misma estática comparada.

¿A dónde quiero ir a parar?. ¿Cuál es mi conclusión?. Mi conclusión es ésta:

- 1.- Los datos empíricos de los años ochenta no han sido favorables al monetarismo friedmanizado. Entre el M y el PNB ha habido una interrelación ruidosa, sujeta a variaciones imprevisibles y cuantitativamente importantes. Bajo Volcker y bajo Greenspan, la Reserva Federal ha cosechado éxitos/considerables desafiando el no-discrecionalismo de las reglas friedmanescas sobre el M.
- 2.- En cuanto a las expectativas racionales, los datos empíricos de los años ochenta les han sido casi tan poco favorables como al monetarismo. Los decididos esfuerzos del gobernador Volcker y otros directivos del banco central de/la Reserva Federal por supeditar la política monetaria al control de la inflación (y de la "estanflación") han tenido un coste en desempleo, producción perdida y beneficios perdidos que coinciden muy de cerca con las estimaciones / anteriores de Okun, Tobin, George Perry y Robert J. Gordon, y que ha sobrepasado con mucho las esperanzas de los segui

dores de Lucas-Sargent, que esperaban irracionalmente es tabilizaciones de bajo coste del tipo de la que impuso / Schachts en 1923 para acabar con la hiperinflación alemana.

- 3.- Cuando Bélgica depreció su franco en 1936, estuvo muchos años recogiendo beneficios reales sustanciales. Si las / doctrinas de Lucas significan algo, deberíamos predecir que las maniobras semejantes de Suecia a comienzos de los años ochenta ahora sólo pueden cosechar unas ganancias / reales débiles y muy efímeras. Al parecer, los historia- dores económicos de la reciente devaluación sueca tuvie- ron más que aprender del modelo belga y de las hipótesis del eclecticismo postkeynesiano que de las hipótesis de vaciamiento de los mercados de los nuevos clásicos parti- darios de la Ley de Say.
- 4.- El keynesianismo neanderthaliano de 1936 habrá podido ilu- minar el mundo de la gran depresión, pero fuera de las sa- las de profesores de Oxford y Cambridge era ya letra muer- ta en los años cincuenta. Como dice la Biblia, "Hay un / tiempo para recordar y un tiempo para olvidar". En 1950 fue tiempo de olvidarse de las trampas de la liquidez y / otras patologías de la depresión. El keynesianismo, como el darwinismo, no debería ser una religión, sino una es- tructura analítica capaz de evolucionar, de seguir la mar- cha del mundo empírico e incluso de adelantarse a ella.

EL REDESCUBRIMIENTO DEL MERCADO

No debo centrarme únicamente en la macroeconomía. En el ámbito de la microeconomía se han hecho grandes progresos.

En gran parte del mundo, ya sea en los países de la OCDE, en el tercer mundo o en los socialismos de Europa oriental y China conti- nental, hay una nueva apreciación de las eficiencias que puede apor-

tar el mecanismo del mercado. La planificación socialista es el / Dios que falló.

En cierto modo, la profesión de economista se está haciendo / más conservadora. Las posiciones extremas de Friedrich Hayek y Mil- ton Friedman ya no parecen tan extremas. Los testimonios de Buenos Aires, Budapest, Shanghai, Varsovia, Leningrado y Cambodia han ca- lado hasta los cafés de la Rive Gauche, de Greenwich Village y de la Ciudad Vieja de Estocolmo.

Delataré mi avanzada edad si declaro que el énfasis en la efi- ciencia, en detrimento de la equidad, quizá se haya llevado ya de- masiado lejos. Mi sueño es una "Economía con corazón", sin que eso signifique tolerar una Economía sin seso. La economía mixta, que / confía primordialmente en el mecanismo del mercado para asignar los recursos con que se producirán los bienes y servicios deseados, uti- liza también los instrumentos fiscales del Estado para mitigar desi- gualdades y proporcionar redes de seguridad al grueso de la pobla- ción.

A pesar de la visión de mi viejo profesor Schumpeter del "Capit- alismo en una tienda de oxígeno", desde 1950 la Economía mixta ha superado en sus resultados al capitalismo histórico más dinámico. / El profesor Hayek, en Camino de servidumbre, planteó mal el dilema moderno; las alternativas posibles no son ni el polo del laissez-fai- re ni el polo del despotismo de Stalin. Cincuenta años de historia han refutado la afirmación de Hayek de que el primer paso hacia un Estado del bienestar sitúa a la sociedad en una cuesta abajo irreme- diable hacia el totalitarismo. ¿Cómo se puede entender, leyendo Ca- mino de servidumbre, por un lado el caso de Escandinavia y por otro el caso de Singapur?.

A mi juicio, la línea de avance del debate social está en la / cuestión de en qué grado cuantitativo puede un Estado democrático / querer modificar el equilibrio del mercado. La confrontación entre

eficiencia y equidad no se puede resolver mediante una solución drástica de, como decía la vieja canción, "o todo o nada de nada".

EL FUTURO DE LA CORRIENTE PRINCIPAL

El tema económico está de moda. Ahora mismo, las clases más concurridas en las universidades estadounidenses son las del curso de introducción a la economía para no economistas. De momento, sin saber por qué, los retos a la corriente principal de la teoría económica -los de los neomarxistas, sraffianos, galbraithianos, libertarios, corporatistas- parecen haber perdido fuerza.

Dentro de esa corriente principal, la humildad ha ido en aumento desde el satisfecho Camelot postkeynesiano del presidente / Kennedy. Existe, desde luego, una gran efervescencia, pero más bien del tipo de las riñas de familia. Un Karl Marx diría a los partidarios de las expectativas racionales y sus críticos: "malditos seáis los unos y los otros".

La verdadera tensión moderna es la que se plantea entre lo que los expertos económicos entienden como actuaciones necesarias y lo que el mercado político es capaz de soportar. Voy a ilustrarlo con dos ejemplos.

En primer lugar, consideremos el frente unido que hay dentro de la fraternidad economista favorable al libre cambio. Se puede decir que es la teoría ricardiana, con algo de barniz Heckscher-Ohlin y dinámica List-Mill, la que domina en los seminarios de economistas a uno y otro lado del centro. Aún así, la aritmética de la ventaja comparativa se les escapa del todo a los no economistas del Parlamento y de la televisión. El interés propio inmediato parece favorecer la práctica de un proteccionismo mercantilista. En mi país, los sindicalistas presionan en favor de contingentes y aranceles todavía / más que los patronos capitalistas.

En segundo lugar, consideremos el consejo típico del Fondo Monetario Internacional a un país deudor del tercer mundo. Hay / que recomendar austeridad. A la democracia populista le resulta casi imposible aceptar y seguir ese consejo. El dilema es tanto más trágico cuanto que una política que no siga la prescripción de austeridad no podrá, a fin de cuentas, evitar la mayoría de los recortes del nivel de vida real para el grueso de la pobla-- ción. Es éste un caso en el que, por desgracia, la adopción ex-- plícita de un programa eficiente de recortes del consumo es sencillamente inviable desde el punto de vista político. Los únicos programas políticamente viables son los programas ineficientes, / que implican inflación a la vez reprimida y autoalimentada, y to da clase de redistribuciones indeseadas de la renta.

LA TORRE DE BABEL DE LA ECONOMIA

A comienzos de este año recibí un premio de la Enciclopedia Británica a la comunicación científica. Era un gran honor, con / una medalla de oro y algunos miles de dólares. Además, me ví en compañía de colegas distinguidos de otros campos: Steve Hawking, el Einstein de nuestra época en el ámbito de la cosmología; Geor ge Kennan, sabio estadista e historiador de la política rusa y / mundial; Jane Goodall, largo tiempo observador de los chimpancés y defensora de su derecho a sobrevivir, y sir Ernst Gombrich, in térprete e historiador del arte. Los discursos que siguieron a la cena en las Naciones Unidas fueron muchos e inspirados.

De todos modos, debo confesarles que aquella noche sentí una cierta ambivalencia, casi rayana en culpabilidad. Sin duda a mí / se me honraba como comunicador en razón de mi Curso de Economía. Desde su primera publicación en lengua inglesa, en 1948, se han / vendido más de cuatro millones de ejemplares de ese libro. Se ha traducido a más de veinte idiomas, entre ellos, naturalmente el / español y el portugués. Generaciones de estudiantes de todo el /

mundo han aprendido con él en qué consiste la economía postkeinesiana.

¿Por qué, pues, mi incomodidad y mi culpabilidad?. Mientras pronunciaba mi discurso de agradecimiento, no podía por menos de acordarme de que tan sólo un año antes de publicar el Curso había escrito otro libro muy diferente, a saber, el Fundamento del análisis económico. Esta obra, para bien o para mal, ha tenido repercusiones importantes en el desarrollo de la ciencia económica. / Cuando me presente ante San Pedro a las puertas del Cielo, tendré que responder de haber contribuido tanto a hacer matemática la economía política, y absolutamente incomprensible para el lego en la materia. ¡Si a un nivel he servido a la comunicación económica, a / otro nivel me he ganado una reprimenda por ayudar a hacer incomprensible la economía moderna!.

Me gustaría poner fin a esta conferencia con la predicción / tranquilizadora de que la ciencia económica está entrando en una edad adulta que dejará a sus espaldas todas sus travesuras matemáticas y su sarampión econométrico. Darles a ustedes esa tranquilidad sería mentir.

Porque, en lo que a mí se me alcanza, para los estudiosos de la economía, una vez probado el fruto del árbol del conocimiento, no cabe volver al Edén de las belles lettres. Es verdad que la abstracción excesiva y la construcción de modelos irreales andan desenfrenadas en nuestro campo. Pero la experiencia de la historia / de la ciencia y la evolución de las ideas indica que, si se quiere limpiar y perfeccionar los Establos de Augías de la teoría económica, habrá que reformarlos desde dentro. Para matar una mala teoría se necesita una buena teoría. Las teorías, por desdicha, son muy / resistentes a corto plazo al argumento de los hechos.

A largo plazo, sin embargo, el argumento de los hechos demuestra, afortunadamente, ser todopoderoso. Cuando John Maynard Keynes dijo: "A largo plazo nos morimos todos", no quería decir que a cada

científico no le siga un grupo superviviente de buscadores de la verdad. Los economistas de mañana tendrán que aprender a operar / en dos niveles: como investigadores técnicos, dentro de nuestra / esotérica especialidad, y como intérpretes y asesores políticos para el público.

Antes se decía que la Economía era la ciencia lúgubre y conclusa. Yo no la he encontrado así. Para mí ha sido un arte-ciencia apasionante y prometedor que abre muchos retos en la búsqueda del bienestar humano.